

Catàleg

«Felita»

Allí a prop sobre el roquissar, al principi del sender, s'obria un clot ample; en aquell clot s'hi abocava la brossa i el lloc tufejava a una llegua de distància. Allí s'hi llançaven les cries de gatets o gossos acabats de néixer, però, sobretot, de gatets, i no hi havia cap dia que no tiressin allí una cria; de vegades, dues o més. Es podien veure tots els dies amb els ulls tancats, la membrana blanca amb la ratlla al mig, arrossegant-se entre la brossa i gemegant dèbilment; s'agitaven tremolosos, amb la pell transparent, plena de blaus de fred, i en un gemegar molt dèbil, gairebé inaudible. Duraven poc; en la primera nit ja solien morir de fred, i l'endemà al matí se'ls trobava erts, en totes les posicions, i alguns a la vora del clot, com si intentessin enfilar-se, escapar de la mort. De vegades, els nens els agafaven encara vius, baixaven el caminet del roquissar i els llançaven al corrent. Els nens es divertien veient com s'agitaven en les aigües gèlides, però la diversió durava poc: se'ls veia un instant agitant les potetes, esforçant-se per aixecar el cap —tal és l'instint de conservació—, amb els ulls tancats, llastimosos i enfonsant-se. Alguns encara reapareixien, repetien l'esforç, se'ls sentia encara gemegar, amb aquell gemec tènue, tremolós, gairebé inaudible, i es perdien definitivament entre les aigües brutes i revoltes.

«Felita», *Totes les narracions del Delta*, 2022, pp.302-303

«Felita». Dins *Totes les narracions del Delta*. Barcelona: Proa, 2022 , pp.299-310.

Narraciones del Delta

FELITA

Aquel ~~cena~~^{drama} conmovió a todo el pueblo, pero, sobre todo, tuvo una honda repercusión en el barrio; era natural, ya que era allí donde la conocieron más, la querían y la compadecían.

Felita contaba entonces nueve, tal vez diez años; tenía un hermano ya de quince y una hermana de dieciocho. Los padres de Felita eran taberneros, pero la taberna daba poco. La competencia era ya grande en aquel tiempo; la parroquia era escasa; el negocio había entrado en decadencia, y a cada momento se ~~veía~~ oía hablar de un establecimiento que cerraba sus puertas.

El padre de Felita trabajaba en el campo. La taberna quedaba al cuidado de la madre. Esta, con la casa y los hijos, no estaba en el hogar ni en la taberna, y se pasaba el día lamentándose, sin hacer nada; unos años antes la había ayudado la hija mayor, pero ésta, ~~Felita~~^{Tonia}, se había buscado una casa y se había puesto a servir. Era por entonces, y continúa siéndolo, un mal oficio, pero peor era la casa. Tonia trabajaba noche y día y apenas conocía fiesta ni domingo, pero comía. ~~La~~ Tonia comenzó a llenarse y recobró la alegría, o la cobró, ya que puede decirse que no la había conocido nunca.

Entonces todo cayó sobre la última hija, sobre la más niña y

Narraciones del Delta

FELITA
=====

Aquel ~~dama~~ conmovió a todo el pueblo, pero, sobre todo, tuvo una honda repercusión en el barrio; era natural, ya que era allí donde la conocieron más, la querían y la compadecían.

Felita contaba entonces nueve, tal vez diez años; tenía un hermano ya de quince y una hermana de dieciocho. Los padres de Felita eran taberneros, pero la taberna daba poco. La competencia era ya grande en aquel tiempo; la parroquia era escasa; el negocio había entrado en decadencia, y a cada momento se ~~veía~~ oía hablar de un establecimiento que cerraba sus puertas.

El padre de Felita trabajaba en el campo. La taberna quedaba al cuidado de la madre. Esta, con la casa y los hijos, no estaba en el hogar ni en la taberna, y se pasaba el día lamentándose, sin hacer nada; unos años antes la había ayudado la hija mayor, pero ésta, ^{Tonia} ~~Felita~~, se había buscado una casa y se había puesto a servir. Era por entonces, y continúa siéndolo, un mal oficio, pero peor era la casa. Tonia trabajaba noche y día y apenas conocía fiesta ni domingo, pero comía. ~~La~~ Tonia comenzó a llenarse y recobró la alegría, o la cobró, ya que puede decirse que no la había conocido nunca.

Entonces todo cayó sobre la última hija, sobre la más niña y

de la familia -
de la familia en
de la familia en
de la familia en

FELITA

Antes de todo cayó sobre la última hija, sobre la más niña y
o la cobró, ya que puede decirse que no la había conocido nunca.
mimo, pero comía. En Tonía comenzó a llenarse y recorrió la alfombra,
la casa. Tonía trabajaba noche y día y apenas conocía fiestas ni do-
res por entonces, y continúa alérgico, un mal oficio, pero peor era
ésta, Tonía, se había buscado una casa y se había puesto a servir.
hacer nada; unos años antes la había ayudado la hija mayor, pero
en el hogar ni en la taberna, y se pasaba el día lamentándose, sin
al cuidado de la madre. Ésta, con la casa y los hijos, no estaba
El padre de Felita trabajaba en el campo. La taberna quedaba
un establecimiento que cerraba sus puertas.
día entrado en decadencia, y a cada momento se hacía oír hablar de
ya traba en aquel tiempo; la producción era escasa; el negocio ha-
lita eran taberneros, pero la taberna daba poco. La competencia era
hermano ya de quince y una hermana de dieciocho. Los padres de Fe-
Felita contaba entonces nueve, tal vez diez años; tenía un

Narraciones del Delta

FELITA

Aquel drama conmovió a todo el pueblo, pero, sobre todo, tuvo una honda repercusión en el barrio; era natural, ya que era allí donde la conocieron más, la querían y la compadecían.

Felita contaba entonces nueve, tal vez diez años; tenía un hermano ya de quince y una hermana de dieciocho. Los padres de Felita eran taberneros, pero la taberna daba poco. La competencia era ya grande en aquel tiempo; la parroquia era escasa; el negocio había entrado en decadencia, y a cada momento se oía hablar de un establecimiento que cerraba sus puertas.

El padre de Felita trabajaba en el campo. La taberna quedaba al cuidado de la madre. Esto, con la casa y los hijos, no estaba en el hogar ni en la taberna, y se pasaba el día lamentándose, sin hacer nada; unos años antes la había ayudado la hija mayor, pero ésta, Tonía, se había buscado una casa y se había puesto a servir. Era, por entonces, y continúa siéndolo, un mal oficio, pero peor era la casa. Tonía trabajaba noche y día y apenas conocía fiesta ni domingo, pero comía. Tonía comenzó a llenarse y recobró la alegría, o la cobró, ya que puede decirse que no la había conocido nunca.

Entonces todo cayó sobre la última hija, sobre la más niña y la más débil, Felita. Ella iba a la tienda a comprar; ella barría y después de las comidas, puesta sobre una silla, con un dolentón atado en torno al pecho, lavaba los platos, los vasos, las ollas; ella, Felita, traía el agua del pozo, y en verdad que causaba pena verla con el cubo, tan grande casi como ella y sosteniéndose cada tres pasos para descansar; en verdad que causaba pena verla, tan débil, tan delicada y con poca salud, mal alimentada, obligada a ser mujer antes de tiempo. La madre no supo nunca tratarla, ni se preocupó de ella. Era ésta una mujer delgada, más bien pequeña; tenía el oclor quebrado; se decía de ella que bebía, que dormía con la botella de aguardiente debajo de la almohada; la verdad es que ella se aguardiente a una legua; tenía una actitud atontada y no se había preocupado para nada de sus hijos una vez que los puso al mundo. Yo, pensando en Felita, casi llegué a odiarla; la sola vista de aquella mujer me irritaba. *No está, me parece de 10 - y como a mí, n'és un - me parece de 10*

Entre las obligaciones de la niña, o mejor, de las obligaciones, estaba aun la de lavar la ropa, obligación que había heredado de su hermana. Esta era la peor, no sólo por el trabajo que representaba, sino por el lugar y por el peligro que comportaba. Para ir allí, Felita tenía que atravesar todo el espacio de solares, el ocadero de arros y llegar al roquedal; allí abajo, al pie de las rocas, pasaba el ancho canal; descendía de las alturas, entre las huertas, bordeado de plátanos y de finos chopos, siempre al lado del río; precisamente allí, al pie de las rocas, iniciaba la cerrada, la graciosa curva, antes de internarse por el pueblo por el lecho de rocas.

En aquel punto, un poco antes de iniciarse la curva, estaba el lavadero; en realidad, el tal lavadero no merecía este nombre; eran media docena de grandes locas, fijadas en el borde del maldón un poco inclinadas, a la orilla del agua y donde las mujeres del barrio acudían a lavar sus ropas.

Ella, Felita, iba también allí muchas mañanas a lavar; descendía como podía el camino abierto en el roquedal, áspero y tortuoso, con el cesto de la ropa sucia a rebotar; más a veces rodaba ella y la cesta, se esparcía la ropa a lo largo del sendero y tenía que pasarse un buen rato recogiéndola; entonces, y mientras la iba recogiendo, se la veía a punto de llorar; a veces, muchas veces, las mujeres compadecidas, la ayudaban; es verdad, que acudían también otras niñas a lavar las ropas, pero ella, Felita era la más pequeña; de todas las que acudían allí, la más niña era la pequeña de la taberna.

Yo la vi muchas veces, con su cesto de ropas; estaba blanca, descolorida y sonreía, pero tenía una sonrisa triste, porque triste había sido su vida, y continuó siéndolo hasta el fin; yo la vi más de una vez, en una mañana de invierno, con su cesta de ropa sucia, que no podía llevar, y más de una vez le cogí el cesto y la ayudé; se lo llevé hasta el final del roquedal, porque yo era ya mayor y era fuerte. Ella me miraba, sólo me miraba; me daba las gracias con los ojos, con su pálida sonrisa; con un poco de asombro tal vez, en los ojos, extrañada quizá de mi gesto.

Allí cerca sobre el roquedal, en el principio del sendero, se abría un ancho hoyo; en aquel hoyo se echaban las basuras y el lugar hedía a una legua de distancia; allí se tiraban las orías de gatitos o perros, recién nacidos, pero sobre todo, de gatitos, y no había día que no echasen allí una oría; a veces, dos o más. Podía vérselos todos los días con los ojos cerrados, la membrana blanca con una raya en medio, arrastrándose torpemente entre las basuras y gimiendo débilmente; se agitaban temblorosos, con las pieles transparentes, amarratados de frío, y en un gemir muy débil, casi inaudible. Duraban poco; en la primera noche solían morir ya de frío y a la mañana siguiente se les encontraba yertos, en todas las posiciones, y algunos en el borde del hoyo como si intentaran trepar, escapar a la muerte. A veces, los niños los cogían todavía vivos, descendían la senda del roquedal y lo tiraban a la corriente; los niños se divertían viéndolos agitarse en las aguas heladas, pero la diversión duraba poco; se les veía un instante agitando las patitas, enforándose por

[Faint, illegible printed text on aged paper]

*Two septa, the septa septa - 7 10 10
Sicilia, in the hole - the hole
lobes heads use infecta brenda -*

